

DIARIO DE UN TESTIGO
LA GUERRA VISTA DESDE BRUSELAS
(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

Bruselas, lunes 14 de setiembre (de 1914)

Mi hijo Roberto salió el 27 de agosto de Bruselas formando parte del personal de una ambulancia pedida por el burgomaestre de Charleroi a la dirección de la Cruz Roja. Iban en varios automóviles dos médicos con sus practicantes, cuatro enfermeras inglesas del servicio de hospitales de sangre, cuatro camilleros y una enfermera de campaña.

Cuando llegaron a Charleroi el automóvil en que habían ido los camilleros se volvió a Bruselas.

Entretanto el personal de la ambulancia se encontró con que no tenía nada que hacer : había error, pues lo que deseaba el burgomaestre era un tren

para transportar los heridos que no era posible hospitalizar allí. Camilleros y enfermeras anduvieron, pues, de un lugar para otro, sin que en ninguna parte se utilizaran sus servicios, mientras que los médicos y enfermeras inglesas regresaban en sus automóviles.

Al día siguiente se les envió hacia la línea de combate, pero sin elemento alguno y avanzaron de pueblo en pueblo, ofreciendo su cooperación que en todas partes resultaba por el momento innecesaria, hasta llegar a Philippeville, donde el médico francés que dirigía el hospital de sangre les aconsejó que se volvieran, pues consideraba sus esfuerzos completamente inútiles.

Como ni allí ni en Charleroi había medios de locomoción para volver a Bruselas, y como el camino era igualmente largo por un lado que por otro, los cuatro camilleros y la joven enfermera,

Mlle. Duhaillon, resolvieron regresar por Dinant y Namur, recorriendo así una buena parte de los primeros escenarios de la guerra.

Mi hijo cuenta sus impresiones del modo siguiente :

"En un claro y plácido mediodía de otoño salimos de Bruselas y llegamos al caer la tarde a la cuenca minera de Charleroi, enorme depresión del suelo, donde durante kilómetros y más kilómetros la fila de casas obreras pegadas unas a otras sólo es interrumpida por los edificios de las fábricas y los enormes «*terriles*» (1 **Nota del autor**). Hace pocas semanas se oía allí el incesante fragor de las máquinas, y el humo de las chimeneas por el día, los rojos resplandores de los altos hornos por la noche revelaban a larga distancia la intensa vida de aquel centro industrial. Pero ahora hemos visto perfilarse en el horizonte y luego acercarse a nosotros las inmensas

montañas de escorias, las audaces chimeneas de las fábricas, sin que rumor alguno revelase su actividad.

"En una vuelta del camino, ya en la aglomeración de Charleroi, vimos erguirse ante nosotros las cuatro paredes calcinadas de una importante fábrica, cuyas maquinarias y cuyas vigas metálicas yacían retorcidas en el suelo, visibles por los vanos de las detrozadas ventanas. El *chauffeur* de la ambulancia había disminuído instintivamente la marcha, y pudimos ver el informe montón de escombros ennegrecidos, sobre los cuales tremolaba, medio quemado, atado apresuradamente a un asta, un mantel blanco, bandera de paz que no pudo impedir el desastre ...

"De todas las casas que tenemos a la vista, sólo quedan cuatro, cuando no dos paredes en pie : techos, tabiques, pisos intermediarios, todo se ha desplomado. Las pocas que subsisten presentan pruebas

inequívocas de que se han forzado sus puertas y ventanas, y de que han sido saqueadas como las otras. Y por sobre esas ruinas flameaban o han flameado las banderas blancas, improvisadas con cualquier cosa, con manteles o con toallas, o con enaguas, hasta con primorosos encajes, arrancados de las viejas cómodas en que dormían, para pedir cuartel al enemigo ...

"Gosselies, Masses Diarbois, Lodelinsart, han sido implacablemente quemados, aunque en ninguna parte se ven señas de resistencia y de lucha, nada más que el incendio provocado para infundir terror, para vengarse de las pérdidas de hombres, y sobre todo el tiempo que el ejército belga ha infligido al orgulloso alemán.

"Charleroi demuestra más claramente que cuanto hayamos visto y cuanto podamos ver, que la destrucción no ha venido durante el combate, ni después de él y como castigo porque se hubiese hecho

fuego desde las casas. Se han elegido las mejores, las de los ricos ausentes o que no pelean, las grandes tiendas cerradas cuando entraron los alemanes y de las que nadie pudo tirar. Los enormes cristales de los escaparates han sido destrozados a hachazos o pedradas, porque ninguno presenta la sección limpia que producen las balas. Los alambres telefónicos cortados por todas partes embarazan las calles con sus madejas, y entre ellos cruzan los mismos que han puesto los alemanes y que no pueden tocarse bajo pena de muerte ...

"Pero, a pesar de las enormes pérdidas materiales que de ellas resultan, estas destrucciones no son nada al lado de los horrores que se oyen contar, cometidos por los alemanes contra los particulares, los enfermeros de la Cruz Roja, los mismos heridos.

"Cuando las vanguardias alemanas llegaron a la ciudad, encontrándose con una patrulla francesa,

combatieron en las calles, y los alemanes tuvieron que escapar. Su artillería aprovechó esta ocasión para bombardear una ciudad más, y sobre Charleroi cayeron sus proyectiles, uno de los cuales estalló en el patio de la cárcel, que se utilizaba como ambulancia. El fuego cesó poco después y la caballería volvió a aparecer en la ciudad. Esta vez echó pie a tierra y comenzó a incendiar las casas. Los habitantes, que se habían agazapado en los sótanos al comenzar el bombardeo, trataron de huir cuando vieron el fuego sobre sus cabezas, pero los oficiales y los soldados alemanes, implacables, los obligaron a volver a sus casas, y si los desdichados vacilaban, apuntábanles y disparaban hiriendo y matando a los que no obedecían. Muchos pacíficos vecinos que sólo pensaban en salvar la vida fueron cobardemente muertos.

"Pero esta crueldad no les bastaba. Por la noche

hicieron que todos los hombres, jóvenes o viejos, que se hallaban en las casas, se vistiesen y salieran, para formar con ellos rebaños que, con los brazos levantados, tuvieron que marchar delante de las tropas. Ancianos incapaces de semejante esfuerzo dejaron caer los brazos y fueron muertos ; los que se desplomaban eran levantados a culatazos y los que no se levantaban, muertos a su vez. La mayoría de los que se llevaron no han vuelto aún ; los que lograron escapar están locos o tan maltrechos que deben guardar cama.

"Las mujeres no han sido más respetadas, algunas fueron muertas, otras quemadas vivas — según testimonio de los supervivientes — en presencia de los soldados que se divertían viéndolas retorcerse en la hoguera. Muchas otras han sido violadas y maltratadas de una manera inaudita : les arrancaban el cabello o los pechos, les mataban los

hijos, los maridos ante sus propios ojos.

"Las ambulancias automóviles de la Cruz Roja belga, pese a sus distintivos bien visibles, fueron acribilladas a balazos por los alemanes, mientras acudían a hacer su triste cosecha en el campo de batalla. Y cuando volvían lentamente para no sacudir a los heridos, eran detenidas por los prusianos que desnudaban brutalmente a los franceses, para cerciorarse que no eran soldados válidos que trataran de no caer prisioneros.

Los de la Cruz Roja han visto tantos horrores que al último ya no salían a recoger los caídos, cediendo la tarea a la sanidad alemana que la realizaba con lentitud y dejaba así que muriera cantidad de desdichados.

*

"A la mañana siguiente salimos a pie para Philippeville y atravesamos Gilly, Chatelet y Chatelineau, suburbios de Charleroi que parecen

intactos. Toda la población está en las calles, mirando pasar la gruesa artillería alemana y los convoyes de municiones, que vienen de Namur de paso hacia Francia. Al ver esto, la ilusión que todavía abrigábamos al salir de Bruselas se desvanece para siempre : Namur ha caído como había caído Lieja, pero con menos gloria.

"Al atravesar Gilly vimos a una mujer que salía precipitadamente de su tienda con un platito lleno de golosinas, llamando a un chiquillo que jugaba en la calle para ordenarle que fuera a ofrecerlos, a su paso, a los soldados enemigos. ¿ Era compasión ? ¿ Era miedo ? ...

"En Chatelet, delante de la estación, se veía un cañón francés sin culata a cuyo alrededor se divertían los soldados alemanes. Unos cuantos, en cuclillas, hacían andar un fonógrafo encontrado quién sabe dónde.

"Trepamos una larga cuesta empedrada, desde cuya cumbre vemos a la derecha la cuenca de Charleroi con sus terriles, sus usinas, su enmarañada red ferroviaria, y

en cuya concavidad se impone a la atención, como un camino de hormigas, la larga fila de los microscópicos soldados alemanes que avanzan por las carreteras ; a la derecha el paisaje cambia, con sus prados, sus trigales, sus bosquecillos, bien lejos de las usinas, y cuya tranquilidad hace olvidar la guerra y sus horrores.

"Llegamos a Couillet, donde buscamos algo que comer. Se nos hace ir de casa en casa, y así andamos largo tiempo sin encontrar bocado. En todas partes nos dicen : « *No tenemos ni siquiera para nosotros* ». Ya después de un mes de guerra, el hambre reina en toda la comarca, como se nos había dicho en Charleroi, pese a nuestra íntima convicción de que sólo se trataba de concepciones pesimistas sin base alguna.

"En Loverval, encantadora aldeíta situada en un valle boscoso, tuvimos la suerte de encontrar en una posada algunas rebanadas de pan y una taza de cierto brebaje indefinible que se nos dio como café y que

bebimos casi con tanta avidez como la que demostramos al devorar la hogaza con el chocolate de que íbamos provistos.

"Partimos y al entrar en un bosquecito, incitador por la alegría de la naturaleza, entonamos una canción, olvidando las destrucciones de Charleroi, los horrores que nos han contado, el hambre que amenaza la región, la guerra misma ...

"Pero el bosque termina, estamos en la altura, y enseguida nos sorprende un sordo rumor : es el cañón que ruge a los lejos, delante de nosotros. A cada cuesta que escalamos creemos ver las baterías que hacen fuego, hasta que comprendemos que la violencia de los estampidos no aumenta aunque avancemos, y que la artillería está a muy larga distancia.

"Asistimos, por otra parte, a un nuevo espectáculo. Son los fugitivos que llegan constantemente por la carretera blanquecina. Arrastrando tras ellos sus

mujeres, sus hijos, sus viejos padres, llevando en los pañuelos rojos y blancos lo que les pareció más precioso cuando abandonaron sus hogares, que probablemente no volverán a ver, caminan al acaso, sin saber dónde van, espantados por las matanzas y por las destrucciones a las que han asistido impotentes.

"En las zanjas que corren a lo largo del camino se ven ya cajas de cartuchos, cápsulas usadas, trebejos para abrir trincheras ... estamos en el campo de batalla. A nuestra izquierda varios campesinos se ocupan en enterrar dos caballos en la linde de un bosque. Pocos pasos más lejos otro caballo con las cuatro patas al aire exhala intolerable hedor.

"Por un sendero desemboca un automóvil arreglado para el transporte de heridos. Viene lleno de infelices que han debido pasar cuatro o cinco días tirados en el campo, si no tuvieron la fuerza de arrastrarse hasta alguna choza abandonada.

"A la derecha del camino se ven unas parihuelas francesas abandonadas que han quedado al sol y a la lluvia, con todas sus cobijas pero sin vendas ni medicamentos. Interrogamos a los habitantes de un cortijo vecino y nos dicen que franceses y alemanes han librado allí un furioso combate. La aldehuela a que pertenece el cortijo estaba ocupada por los franceses. Los alemanes, llegando por el bosque, los sorprendieron y desalojaron. Los franceses volvieron a la carga, y los rechazaron, para ser desalojados otra vez y tener que huir bajo el fuego de la artillería.

- *Se han levantado pocos heridos – nos dicen –. Sin duda se esconden o han caído entre los matorrales. Debe haber muchos todavía.*

"Para confirmar esta opinión nos muestran un enorme montículo, a la izquierda de la carretera. Sobre una simple cruz de madera plantada en uno de sus extremos, se lee esta inscripción : "*«Aquí yacen treinta*

soldados alemanes del 43 de línea.»

"Pero un campesino expone :

- *Yo ayudé a enterrarlos, ¡ eran noventa y dos !*

"Aquel día atravesamos aún varias aldeas destruídas. Farciennes, Somzée, Laneffe, restos tan informes que, aparte uno que otro detalle característico, no nos dejan sino el recuerdo de una espantosa catástrofe. Veremos casas y granjas incendiadas junto a otras destruídas por las bombas ; respiraremos en todas partes el abominable hedor que se escapa de las tumbas mal cubiertas y de las osamentas no enterradas todavía.

"La tarde cae, pero aún vemos en una aldea que debió ser pintoresca, dos líneas de paredes ennegrecidas, a derecha y a izquierda, y por las ventanas sin maderas, montones de escombros y de hierros retorcidos ; delante de una de esas ruinas, dos rosas maravillosas se balancean en el extrema de sus tallos de dos metros de largo, de una espaldera que se apoya en el muro penden

enormes peras doradas, y al pie, la calle no es más que un lago de sangre coagulada ...

"A lo largo del camino encontramos labradores atareados, pero que no trabajan en sus campos, cubiertos como nunca de mieses, sino que entierran cadáveres, sin cesar desde hace cinco días. Ahora toca el turno a los caballos caídos por todas partes y a los trozos de carne y las entrañas que los alemanes han dejado tirados cada vez que mataban reses para comer.

"La noche había caído cuando entramos en Philippeville, donde sólo se han quemado dos o tres casas ; pero el hambre reina allí, aunque los alemanes hayan distribuído algunos víveres.

"Logramos encontrar donde alojarnos en un convento de hermanas, transformado en hospital. Un médico francés venido con el ejército se ha quedado cuidando a sus heridos. Pasó, según nos cuenta, momentos terribles. Vio el avance lleno de ardor de los

franceses, asistió a los combates, a la derrota en que los aplastó el número, y luego a la retirada del ejército que dejaba numerosos rezagados, y todo esto en medio de la febril tarea de enviar a Francia los heridos transportables. Vio enseguida el paso del ejército belga de Namur. Era una desbandada. Los soldados llegaban en pelotones de doscientos cuando más ; tras ellos otros y otros grupos, más separados cada vez, y por último hombres aislados, con los pies llagados, incapaces de dar un paso más, suplicando a los vecinos que los dejaran descansar ; y en el pánico del momento, los campesinos y los burgueses tenían el triste valor de hacer que se marchasen, para salvar sus casas. Después llegaron los alemanes. Los oficiales entraron en todas partes con el revólver en la mano, buscando fugitivos. Visitaron la ambulancia y preguntaron al doctor qué era lo que estaba haciendo allí, y por qué no se había marchado.

- *Me he quedado para cuidar a los heridos – contestó el médico –, esperando que los alemanes respetaran la Convención de Ginebra.*

"Enseguida asistió al saqueo sistemático de la ciudad, observando muchas veces que los soldados se llevaban cuanto podía serles útil, como la ropa blanca, y cuanto representaba un valor, como los cuadros.

"En el hotel, donde tuvimos la suerte de encontrar un poco de carne conservada y de pan, regalo de un oficial alemán, la hotelera nos cuenta sus continuas angustias. La expectativa de los alemanes, luego su llegada revólver en mano, exigiendo que se les muestre toda la casa, para ver si no hay franceses o belgas. La soldadesca le ha saqueado completamente los sótanos ; pero a pesar de que no queda una gota de vino, las exigencias de los oficiales y soldados, siempre crecientes, le hacen temer por su casa y por su vida ...

* * *

"A la mañana siguiente partimos hacia Dinant, resueltos a alejarnos de las líneas de combate y volvernos a Bruselas, porque uno de nuestros camaradas temía demasiado el peligro y no nos era posible abandonarlo.

"Echamos a andar por la carretera blanca que sigue las alturas de las Ardenas, y encontramos continuamente tropas y convoyes alemanes que llenaban el camino, y a cuyo lado pasaban a cada instante, dejándolos atrás, automóviles con oficiales, médicos o material. También encontramos soldados apostados a lo largo del camino en todo nuestro trayecto hasta Dinant. Sus convoyes se componen de pesados automóviles de reparto, de ómnibus berlineses pintados de gris, de automóviles menos pesados, de los diversos camiones adoptados por el ejército y de ligeros breaks, tilburis y carretas de campo, tomados aquí y allá.

"En los taludes que orlan el camino y en las zanjas

se ven cantidades de prendas de equipo : shakos, capotes, quepis, polainas, mochilas, botines, casacas, hasta pantalones, tan sucios, que nadie se arriesgaría a tocarlos. Se ven también armas destrozadas, cantidades de balas, cajas de conservas llenas aún ... Y junto a estos objetos, arrojados al azar, para poder andar más de prisa, los caballos, los asnos, los perros muertos a tiros, revelan lo que fue aquella persecución hecha en la noche, y el estado mental de los fugitivos medio enloquecidos de cansancio y de miedo, y de los perseguidores sedientos de sangre.

"Atravesábamos un espeso bosquecillo cuando el zumbar característico del aeroplano nos hizo levantar la cabeza : vimos entonces pasar, uno tras otro, seis biplanos alemanes que, siguiéndose a intervalos regulares, iban a la línea de combate. La belleza del espectáculo nos llevó a olvidar que esta nueva victoria del hombre sobre los elementos se utiliza ahora para una

tarea funesta : aumentar la eficacia de la artillería y sembrar ella misma el espanto y la muerte.

"Cruzamos la aldea de Rosée, abandonada por los habitantes, dejada inhabitable por el incendio, y vemos otra vez el cuadro de la víspera, junto a las casas convertidas en montones de escombros, las flores y las frutas meciéndose lozanas al extremo de sus débiles tallos.

"Los animales muertos, descompuestos por el calor, se suceden a intervalos casi regulares, y en los brezales que han servido de campamento a los alemanes, miles de botellas vacías y rotas salpican la hierba pisoteada. Todas las bodegas de la comarca han sido devalijadas ; los alemanes llenaban de botellas sus carros de aprovisionamiento y luego se cargaban ellos mismos. Un suboficial de transportes de automóviles nos dijo que en cada automóvil llevaban por lo menos diez botellas, aunque solamente dos personas, el chauffeur y el

mecánico, las fueran a beber. Y esto sucedía una semana después del paso de las tropas de vanguardia, las únicas – según ellos aseguran – que se entregan al saqueo ...

"En Morville – que en efecto podría llamarse "*villa muerta*" – los alemanes han quemado todo cuanto encontraban al paso, después de un concienzudo saqueo, y los pocos campesinos que han tenido el valor de quedarse viven en lo poco que resta en pie de sus casas, convertidas en escombros, y esperan flemáticamente que algún buen genio vaya a libertarlos del hambre que comienza a reinar.

"Un labrador que, con la pala al hombro, regresaba de enterrar osamentas de caballos, nos habló también de un hecho que se repite en todas partes : los campesinos que se han quedado, a pesar de los combates trabados en las cercanías y de las persecuciones que los siguieron, son los únicos que han podido salvar sus casas del incendio, pero no del saqueo. A nuestra derecha el

cañón truena en la dirección de Givet, que dista apenas unos 15 kilómetros. Es por lo general una detonación sorda, seguida por otra más intensa y prolongada. Diríase el ruido del disparo, y luego el estallido de la bomba. Lo oímos regularmente durante todo el día, y nos deja la impresión de que la artillería alemana es la única que trabaja, de que el fuerte de Givet no contesta ya, y de que los alemanes no tardarán en enarbolar su bandera sobre sus muros.

"Atravesamos Anthée, que no forma sino un montón de escombros. Algunos centenares de metros más lejos, alrededor de una casa en cuya verja destrozada baila aún el albarán de alquiler, ha habido un combate feroz. Los franceses se habían atrincherado en la « *villa* », abriendo troneras en las tapias del parque. Los alemanes los cañonearon, tronchando los árboles de la carretera y derribando la casa. Las tapias están acribilladas a balazos, el suelo sembrado de cartuchos

vacíos, de municiones sin usar y de grandes charcos de sangre ennegrecida que la tierra ha absorbido.

"A nuestra izquierda se perfila ahora un campanario intacto, el primero que vemos así desde esta mañana, y nos preguntamos a qué milagro se deberá que lo hayan respetado los alemanes. La persecución de los franceses era sin duda demasiado ardiente para que pensarán en otra cosa. Al acercarnos vemos que no se han destruído las casas, que no se ha hecho sino saquear, pero tan a fondo, que allí tampoco queda un mendrugo.

"La escolta de un convoy alemán se ha instalado en una granja para hacer la corrida. Pedimos permiso para sacar del pozo un poco de agua, pero nos la ofrecen de tan buena voluntad que tenemos que aceptarla de sus manos.

"La aldea más próxima, Onhaye, presenta un nuevo cuadro de destrucción completa. Todo ha sido incendiado, casa por casa, puerta por puerta. En el

extremo del villorrio ha quedado en pie una posada. Allí nos permiten sentarnos en un banco de la terraza. De las casas quemadas en las inmediaciones se exhala un olor fétido : son los animales asfixiados en sus establos y que, no carbonizados del todo, entran en descomposición.

Estamos tan cansados que permanecemos, sin embargo, allí, fumigándonos con cigarrillos y con un poco de éter. Los labradores que, refugiados en el bosque cercano, habían visto a los alemanes destruir toda su fortuna, trabajaban encarnizadamente para sacar las osamentas de entre las ruinas y, a pocos pasos de nosotros, las mujeres se esforzaban por ordenar una vaca enloquecida por el fuego y las detonaciones.

"¡ Un esfuerzo más ! Hay que llegar a Dinant.

"El espectáculo se hace más macabro a medida que nos acercamos.

"Primero charcos y arroyos de sangre en la

carretera... Después caballos en completa putrefacción, con el vientre horriblemente hinchado que nadie se da el trabajo de sacar del camino y que yacen a pocos metros unos de otros. En el fondo de un vallecito, sobre el puente de un arroyuelo seco en verano, dos caballos se pudren bajo un enjambre remolineante de moscas.

Pocos pasos más lejos un rebaño aniquilado por una bomba. Algunas vacas han quedado acostadas y no se las creería muertas sin las deformes proporciones que sus cuerpos han tomado ; otras están con las patas rígidas dirigidas hacia el cielo, y a los pocos pasos un caballo hecho picadillo, que dos aldeanos tratan de llevar hasta un agujero, quejándose de no tener animales para arrastrar aquella carroña. En la revuelta del camino un armón francés volcado con sus dos caballos muertos y las municiones desparramadas en la zanja, el campo y la carretera ...

"En un vallecito una pobre granja abandonada, y en

el foso que la separa del camino, el cadáver de un hombre, con la cara contra el suelo y las manos crispadas sobre los terrones, en un supremo esfuerzo para incorporarse. Es un artillero belga. Casi entre las manos del cadáver una gallina blanca, único ser viviente, picotea ...

"Enfrente, en la otra zanja, un soldado francés, con la cabeza arrancada por una bomba, levanta una mano enorme, completamente ennegrecida, como si hubiese tratado de detener el cráneo que se le escapaba ...

"El camino baja ahora dando vueltas hacia Dinant. Cae la tarde, y en la semioscuridad vemos por todos lados, a derecha e izquierda, soldados tendidos en el matorral, ¿ muertos, dormidos ? ... De pronto, frente a nosotros, en medio del camino se nos presenta una mezcla horrible de cadáveres humanos y de caballos muertos. Son dieciocho caballos y cuatro hombres, revueltos, confundidos con pedazos de madera y de

hierro de un armón, y que sólo forman un montón de carnes dilaceradas y hediondas que no podemos mirar pese al tremendo aprendizaje de todo el día.

"Más lejos un enorme fragmento de roca desgajado por una bomba ha caído sobre las yuntas que arrastraban otro armón. La actitud de sus patas delanteras y de sus cabezas ensangrentadas evoca el esfuerzo desesperado para liberrar sus ancas del peso que las aplastaba.

"Entramos ahora en un bosque espeso, de siniestra oscuridad, y vemos que atraviesan la carretera dos perros amarillos, de aire feroz y salvaje, cuyos ojos fosforescentes de hambre nos hacen compadecer a los pobres heridos que puedan encontrar a su paso ...

"Todos estos cuadros han devuelto el vigor a nuestras piernas y apretamos el paso.

"Llegamos a las primeras casas de Dinant, y algunas mujeres se precipitan a nuestro encuentro preguntándonos si no sabemos lo que ha sido de sus

hijos, de sus maridos, de sus hermanos, de sus padres, hechos prisioneros por los alemanes.

"No sabemos qué responder a sus ansiosas preguntas, y nos contentamos con decirles que los alemanes no les harán daño alguno, que ya los verán volver, aunque nuestro pensamiento no concuerde con nuestras palabras consoladoras.

"Seguimos bajando, y de repente, cuando termina la muralla de rocas que nos cerraba la vista, quedamos paralizados ante el espectáculo que se ofrece a nuestros ojos a la luz del crepúsculo.

"Del Dinant de la margen derecha del Mosa, no queda nada, absolutamente nada, si no es una casita que se mantiene por milagro, en pie mientras que todo a su alrededor ha sido arrasado, hasta la extraña torre de la iglesia, sin la cual no se concibe Dinant.

"Los puentes, la estación del ferrocarril, el correo, todo ha quedado destruído, y salvo algunos techos

intactos en la margen izquierda, nada puede ofrecer un asilo a la población que hubiera tenido que vivir a la intemperie como los salvajes, sin la humanitaria y filantrópica idea de los alemanes de suprimirlos al mismo tiempo que sus casas ..."

Aquí terminan las notas del joven camillero, que durante su corta permanencia en Dinant pudo hablar de los estragos de la guerra con algunos aterrados vecinos, y de los triunfos alemanes con varios militares entusiasmados por el número enorme de prisioneros franceses y belgas que habían hecho después de su victoria ...

A la mañana siguiente se pusieron en marcha hacia Namur. En el camino a lo largo del Mosa vieron todos los puentes volados, pero no otro indicio de que la guerra hubiera pasado por allí, salvo un par de casas incendiadas.

Llegaron a Namur cuando ya había anochecido, rendidos de fatiga, y sólo vislumbraron algunos edificios en ruinas, triste rastro de la batalla. Y al otro día, muy de madrugada, sin pensar en más observaciones, deseosos de hallarse junto a los suyos, de olvidar la horrenda pesadilla que les persiguiera hasta entonces, echaron a andar a buen paso hacia Bruselas por Gembloux y Wavre, y llegaron al término de su viaje dos días después.

Habían hecho a pie, sin casi probar bocado, ciento sesenta kilómetros en cinco días ; cuarenta el primero y treinta, término medio, los siguientes. Su único alimento consistió, fuera de un poquito de carne conservada, en pan moreno y algunos pedazos de chocolate.

- *Pero no podíamos comer – me dijo Roberto –. Los bocados se nos atravesaban en la garganta.*

Y como prueba sacó de su morral de viaje la mitad del pan de munición que un soldado alemán les había dado tres días antes ...

Roberto J. Payró y Roberto Payró hijo

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo* (11) », in LA NACION ; 27/03/1915.

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo* (12) », in LA NACION ; 28/03/1915.

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo* (13) », in LA NACION ; 29/03/1915.

Nota del autor :

Terriles = montículos formados por las escorias y residuos de las minas y altos hornos.



Con respecto a las « matanzas de Dinant », pueden leer :
PAYRO ; « *Dos representantes argentinos muertos en la guerra* », in LA NACION ; 17/11/1914.
(Publicado en nuestro sitio con fecha del 28 de agosto de 1914.)